



COOPERACIÓN

La escuela: semillero del futuro

MANOS UNIDAS apoya tres escuelas –infantil, de primaria y secundaria– en Kanzenze, un pueblo de la República Democrática del Congo, uno de los países más pobres de la Tierra. LA ONG inaugura también un trienio de lucha (2016-2018) contra la insuficiencia alimentaria de millones de personas.

TEXTO: Pau Mercè FOTOS: Manos Unidas

Alumnas de la Escuela Primaria Mikuba, que significa “cobre” en suahili, la lengua local más hablada en la zona.



COMPROMISO VERDE



La misionera mallorquina Victoria Braquehais, de 39 años, gestiona junto con dos religiosas congoleñas y otra nicaragüense una escuela infantil (dcha), otra de primaria femenina y un instituto mixto de secundaria. Con su trabajo, ellas llegan “donde nadie quiere estar”.

En el Hospital de Kanzenze, regido también por Victoria Braquehais, numerosas madres esperan su turno para que los doctores pesen a sus bebés (izda). El centro atiende a una población de 92.000 personas. Dcha: el todoterreno encalla en el barro entre Kanzenze y Kafakumba.

Cécile (el nombre es ficticio, aunque la historia tristemente real) tiene quince años y vive en Kanzenze, un pueblo de unos 8.000 habitantes situado en la región de Katanga, al sur de la República Democrática del Congo (RDC), uno de los países más pobres de la Tierra pese a ser inmensamente rico en recursos naturales.

La muchacha no va a la escuela. Como millones de niñas africanas –y en Kanzenze nueve de cada diez se hallan en esta situación– dedica todo su tiempo a trabajar para ayudar a su familia. Cuida de la casa de unos familiares, atiende a los niños de la misma, cocina y... va a buscar agua. Esta última actividad ocupa varias horas de su larga y agotadora jornada.

Estimaciones del Programa Mundial de Asesoramiento sobre el Agua de la Unesco (WWAP, según sus siglas en inglés) señalan que en África se dedican 200 millones

de horas diarias a obtener agua (y no siempre limpia y potable, y no siempre suficiente). Cientos de miles de personas, en su inmensa mayoría mujeres y niños, deben desplazarse a pie hasta puntos de suministro (pozos, fuentes, ríos o lagos) situados a entre dos y diez kilómetros de distancia de media, y acarrear el líquido hasta sus domicilios. Solamente en Sudáfrica, las mujeres caminan en conjunto y diariamente el equivalente a un viaje entre la Tierra y la Luna de ida y vuelta para proveer de este elemento a sus familias.

A menudo, las porteadoras de agua tienen que hacer más de un viaje, y al final de la jornada han empleado en la tarea entre tres y nueve horas. La carga de bidones o jarras de hasta 20 litros sobre la cabeza causa lesiones crónicas en el cuello o la columna de estas mujeres. Además, en la RDC, país que sufre los índices de violencia sexual más elevados del mundo (como en otras regiones del globo en

conflicto, la violación se ha convertido en un arma de guerra), estas largas caminatas las exponen a ser atacadas.

Según un estudio publicado en 2011 en la revista científica *American Journal of Public Health*, unas 400.000 mujeres de entre 15 y 49 años de edad fueron violadas en el país solamente durante un periodo de doce meses entre 2006 y 2007. Es decir, que 48 mujeres fueron víctimas de violencia sexual cada hora. La persistente denuncia de esta lacra por parte de la periodista Caddy Adzuba, de la emisora local de la ONU Radio Okapi, contribuyó a que ganara el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 2014.

Y, por supuesto, dedicar tantas horas a la recogida y transporte de agua impide a estas mujeres y niños emplearlas en otras actividades productivas o educativas, lo que provoca que los índices de escolarización femenina sean sensiblemente más bajos que los de los hombres. De acuer-

do con los datos de Unicef –el fondo de las Naciones Unidas para la infancia–, mientras uno de cada siete niños no logra completar su educación primaria, el porcentaje asciende a una de cada cuatro en el caso de las chicas.

“Cécile me pidió un día si podía aprender a leer, como los otros niños... no sabe hablar francés y siente vergüenza cuando los demás salen de la escuela... pero cuando la familia vio que la íbamos a escolarizar, se la llevó a otro lado”, recuerda la misionera Victoria Braquehais, que dirige en la localidad el Instituto Mixto de Educación Secundaria Uzima (que significa “vida” en lengua suahili, la más hablada en la zona), donde estudian 341 alumnos y que apoya la ONG Manos Unidas.

Kanzenze carece de suministro de agua corriente. Ni siquiera en la cercana ciudad de Kolwezi –situada a 54 kilómetros–, de más de 450.000 habitantes, se dispone de agua potable en condiciones debido



Mapa: Getty Images

El pueblo de Kanzenze se encuentra situado en la región de Katanga, al sur del Congo.

al vertido incontrolado de los residuos de la importante industria minera de la región (donde se explotan grandes minas de cobre, cobalto, uranio y radio), que ha contaminado gravemente las reservas hídricas del río Lualaba y los acuíferos.

Y, en este clima ecuatorial, la falta de agua “es un caldo de cultivo para la malaria, las fiebres tifoideas, la diarrea y todo tipo de enfermedades”, recuerda Braquehais, mallorquina de 39 años que

lleva desde 2009 impulsando proyectos de desarrollo en la zona. La misionera ha visitado España para hablar de sus experiencias en el marco de la presentación de la campaña número 57 de Manos Unidas, que lleva por lema “Plántale cara al hambre: siembra”, con la que la ONG de la Iglesia católica quiere inaugurar un trienio de lucha (2016-2018) contra la insuficiencia de alimentos en amplias regiones del planeta que sufren 800 millones de personas, 200 millones de ellas en África.

Así que se imponía llevar agua limpia y potable a las casas de Kanzenze. La salud de la población en general y el acceso a la educación de las niñas dependían de ello. Y, con este último, las posibilidades de las mujeres de mejorar su situación en una de las sociedades más machistas del globo. “Los vínculos entre las agendas de desarrollo para el acceso al agua >

Alumna del Instituto Mixto de Educación Secundaria Uzima, que significa “vida” en suahili (izda). En el centro estudian 341 alumnos. Dcha: niños y niñas del poblado de Kanzenze, donde nueve de cada diez pequeñas no van a la escuela porque trabajan.



Tumbas de los primeros religiosos (izda). La misión de Kanzenze fue fundada en 1909 por los franciscanos belgas. Dcha: alumnos de la escuela infantil. Según Unicef, en el país uno de cada siete niños no completa la Primaria. En el caso de las niñas, una de cada cuatro.



COMPROMISO VERDE

Madame Chantal, maestra de la Escuela de Primaria Mikuba, durante una clase (izda). Dcha: madre con su bebé en el hospital de Kanzenze, donde 87 de cada mil niños mueren antes de cumplir los cinco años y los que salen adelante padecen retrasos a causa de la malnutrición.

Un recién nacido en el hospital de Kanzenze (izda), donde un niño de la zona de Nzilo juega con su peluche (dcha). Manos Unidas ha desempeñado un papel muy importante en la rehabilitación y equipamiento de las salas de pediatría y partos de dicho centro hospitalario.

y la igualdad de género, y en particular el empoderamiento de las mujeres, deben ser reconocidos”, señalaba en su introducción el informe *Water for women* (“Agua para las mujeres”) del WWAP, presentado el año pasado, que llevaba el significativo antetítulo “Cada mujer cuenta. Cada segundo cuenta”.

La religiosa puso en marcha un proyecto para perforar una red de pozos artesanales. “De momento, ya llevamos 19, y le aseguro que han cambiado la vida de muchas familias y de algunos barrios”, afirma Braquehais, que junto con dos monjas congoleñas y una nicaragüense, gestiona una escuela infantil, una escuela primaria femenina y una secundaria mixta, un hospital que presta servicio a una población de 92.000 personas y dos internados. Ellas viven y trabajan ayudando a los más desfavorecidos, dice, “donde nadie más llega y donde nadie quiere estar”.

Cada pozo cuesta unos 200 euros y, según sus posibilidades, los beneficiarios

siempre contribuyen con una parte de la inversión, “porque ellos son los protagonistas de su propio desarrollo”, subraya. El resto del dinero se ha recaudado por medio de una campaña de micromece-nazgo coordinada a “a través del correo electrónico, Twitter y mi blog”, explica.

Pese a vivir en un territorio que exporta decenas de millones de euros al año en minerales estratégicos, el 99% de la población de Kanzenze tiene que sobrevivir con menos de un euro al día, 87 de cada mil niños mueren antes de cumplir los cinco años y la mayoría de los que salen adelante padece fuertes retrasos en el crecimiento intelectual y físico a causa de la malnutrición. La esperanza de vida en el enorme país centroafricano es de tan solo 49 años.

En cooperación con Manos Unidas, la misionera ha impulsado un huerto escolar piloto para que contribuya a “la formación

y la soberanía alimentaria de los jóvenes y la población rural de Kanzenze”. Su objetivo es plantar una media anual de 400 árboles que ayuden a reforestar una zona fuertemente degradada desde el punto de vista ambiental (en vastas regiones de África, la leña y el carbón vegetal siguen siendo los únicos combustibles disponibles para cocinar y calentarse). También se incentivará la siembra de especies frutales.

Una de las principales causas de la inseguridad alimentaria en este fértil rincón del sur congoleño, ya cerca de la frontera con Zambia, es el fenómeno del acaparamiento de tierras que se registra desde hace algo más de una década, que se está convirtiendo en uno de los más graves problemas sociales y ambientales del nuevo siglo y que amenaza con terribles consecuencias, como hambrunas y conflictos armados.

Los grandes capitales internacionales se han lanzado a la adquisición de enormes

superficies agrícolas en todo el globo, especialmente en África y Sudamérica, para dedicarlas a cultivos alimentarios para la exportación o agroindustriales. El Banco Mundial estima que se han comprado ya entre 50 y 80 millones de hectáreas en zonas muy pobres del planeta, cuyos habitantes se han quedado sin campos que labrar.

El fenómeno se intensificó tras la crisis alimentaria que disparó los precios de los alimentos en 2008. Algunos Estados con grandes recursos financieros pero escasa tierra cultivable, principalmente los árabes del Golfo, dependientes casi al cien por cien de las importaciones para su abastecimiento, empezaron a adquirir suelo africano para que su suministro no volviera a verse amenazado. Desde mediados de 2008 a 2009, las transacciones registradas de terrenos agrícolas realizadas por inversores extranjeros en países en desarrollo crecieron un 200 por ciento, señala Oxfam International.

En Kanzenze, el acaparamiento de tierras está directamente vinculado con la riqueza en minerales del subsuelo del territorio. “A quince minutos a pie de nuestro poblado, una compañía minera está haciendo una explotación injusta. Los agricultores no disponen de protección jurídica y, bajo el pretexto de ayudarles, la compañía se adueña de sus tierras y les ofrece unas semillas con las que después no podrán producir y que les convertirán en dependientes del exterior”, denuncia la misionera.

Una de las claves para la subsistencia de los campesinos es poder acceder a créditos. Pero las abusivas condiciones en que estos se conceden los dejan fuera de sus posibilidades. “Como los préstamos suelen ser al 50% y hasta al 100% de interés, la gente no podía emprender nada. Así es que en 2011 montamos una pequeña banca de apoyo para profesores, que

fomenta la agricultura familiar”, revela a GEO Braquehais.

Inspirado en el modelo del premio Nobel de la Paz Muhammad Yunus e iniciado con un fondo inicial de 2.000 euros recibido desde España, el sistema de microcréditos permite que cada profesor pueda presentar, junto a su esposa, un proyecto, “que preferiblemente será gestionado por la esposa o de manera conjunta, nunca por él solo”.

Debe tratarse de un proyecto productivo y respetuoso con el medio ambiente y se puede solicitar un crédito de entre 50 y 200 dólares (de 46 a 184 euros) a devolver en un año (en dos, tres o cuatro plazos) con un interés del 10%. El beneficio vuelve siempre a los fondos de la banca para que el capital aumente de forma proporcional al coste de la vida. Ya están funcionando diversos negocios gracias a esta iniciativa: esta clase de siembra ha empezado a dar sus frutos.

La hermana Victoria conversa con un hombre del poblado (izda). La misionera de la Congregación Pureza de María trabaja en proyectos de cooperación y desarrollo en la zona de Kanzenze desde 2009. Dcha: estudiantes de la Escuela Mikuba, exclusivamente de niñas.

La misionera Victoria Braquehais con algunas niñas del poblado de Kanzenze, camino de Mbwetshi (izda). Dcha: el obispo de Kolwezi da la bendición a los muchos pequeños que se han congregado a su alrededor en Kafakumba, donde existe otra misión religiosa.

